

La costumbre de recitar el introito al lado de la epístola se remonta á una época anterior al siglo XIII, pues Inocencio III habla de ella en su obra de Misterios, (1) como también Durando (2).

379. Aunque interrumpamos el orden de la liturgia romana, útil será que digamos cuatro palabras sobre el doble introito de los griegos. Nicolás Cabasila, (3) de quien lo toma el cardenal Bona, trata este punto con bastante difusión y elegancia, pero nosotros, atendiendo al reducido espacio que nos concede la Obra, diremos brevemente que la Iglesia griega, en la celebración de la liturgia solemne, tiene dos introitos, llamados pequeño uno y grande el otro. El primero consiste en que el diácono, al principio de la misa de los catecúmenos, recibe de manos del sacerdote el libro de los Evangelios y lo deja en el altar. Entonces aquél pide la bendición á éste, que se la da diciendo: «Bendito el reino del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.» El diácono recita en voz alta unas preces que llaman *pacíficas*, porque lo que se pide primero en ellas es la paz, y á continuación se cantan tres antífonas según lo pide la fiesta. Acabadas éstas, el sacerdote toma el libro de los Evangelios y lo entrega al diácono, quien, saliendo de la puerta de la *Prótesis*, lo lleva elevado procesionalmente por toda la Iglesia; legos, sacerdotes y el mismo celebrante le acompañan con velas en la mano, cantando al propio tiempo: «Venid, y adoremos al mismo tiempo á Jesucristo.» Luego el diácono, elevando el mencionado libro, dice al pueblo: *Sapientia. Recti*; palabras con que amonesta al pueblo para que guarde en su corazón la sabiduría que se contiene en este divino libro, y para que estén en pie cuando pase por delante de ellos. Efectivamente; al pasar el diácono hacen todos profunda reverencia al santo libro, terminándose el pequeño introito con el canto de algunas preces y la devolución de los Evangelios al altar.

(1) Lib. 2, cap. 22.

(2) Ration. lib. 4, cap. 11.

(3) Expositio Liturg.

El grande introito tiene lugar, después de la dimisión de los catecúmenos, y es mucho más solemne que el anterior, principalmente cuando el obispo celebra. Por la puerta cercana á la *Prótesis* (1) salen los clérigos con hachas encendidas, á quienes siguen los diáconos con el incensario humeando, en forma de procesión. Entonces, un sacerdote toma el pan que ha de servir para la consagración, lo pone en la patena y lo cubre con un lienzo; otro sacerdote toma el cáliz que está cubierto y lo ostenta delante del pecho; estos presbíteros siguen á los diáconos mencionados, y los otros sacerdotes concelebrantes acompañan á aquéllos, llevando en sus manos los utensilios necesarios para el Sacrificio; uno lleva la santa lanza (2), otro la esponja, el libro, etc.; mientras tanto, los cantores entonan el himno querúbico que lo prosiguen durante la carrera de la procesión hasta que llegan al altar, y el pueblo hace profunda reverencia al pan y al vino cuando pasa por delante de ellos.

De esto último, algunos teólogos que asistieron al Concilio Florentino, tomaron motivo para arrojar en cara de los griegos, (iban á unirse con los latinos), que hacían idolatrar al pueblo fiel, presentándole el mero pan y vino como objeto de adoración de latría; pero ellos se defendieron, asegurando que la veneración que daban á las especies era solamente para designar el sumo respeto que profesaban al Cuerpo y Sangre de Jesucristo en los cuales, dichas especies de allí á pocos momentos deberían transubstanciarse. Véase á Gabriel Severo, metropolitano de Filadelfia, quien escribió sobre este punto una hermosa defensa de los griegos.

El doble introito que acabamos de referir no es exclusivo de los griegos, sino que es común á los etiopes, egipcios y jacobitas, con poca diferencia.

380. Al tiempo de empezar el sacerdote el salmo *Judica me Deus*, antes citado, el coro no aguardaba á que

(1) *Prótesis*, es un altarcillo cercano al altar de la consagración, que hace el oficio de nuestras credencias.

(2) Véase esta palabra, tom. III, n.º 47.

el celebrante llegase al altar para recitar el introito, sino que á objeto de que el pueblo se moviese á devoción en el momento de empezarse la misa, cantaba el mismo introito, respondiendo el otro coro al versículo del segundo salmo.

381. Terminado que era el introito, el sacerdote, uniéndolo las manos, alternaba con los ministros los Kiries, compuestos de tres *Kirie eleison*; «Señor, tened piedad de nosotros;» de tres *Christe eleison*; «Cristo, tened misericordia de nosotros», y de otros tres *Kiries*. Recítanse en la misa solemnemente al lado de la epístola, pero antiguamente lo eran en el medio del altar, según lo prescribe la Rúbrica y se practica ahora en la misa rezada. No hay parte de la liturgia tan antiquísima y unánimemente observada como la que estamos apuntando, pues á más de ser tomada de la ley antigua, fué empleada desde el mismo principio de la Iglesia, por una tendencia natural que tiene el hombre á pedir á Dios misericordia. En esta inteligencia, los Kiries, dice Sócrates (1), fueron introducidos, como si dijéramos oficialmente, por S. Ignacio Mr. á consecuencia de una visión en la que se le representaron los ángeles alternando el canto de los sagrados himnos. Aun cuando no diéramos fe á este autor, no por eso serían menos antiguos los Kiries, pues es cierto que están insertados en todas las liturgias, y los que quieren atribuirlos á S. Gregorio Magno, no han tenido en cuenta que el Concilio Valence II, tenido bajo el pontífice Félix IV, á principios del siglo VI, habla de esta parte de la liturgia como arraigada en todas las iglesias del orbe: *Quia tam in sede Apostolica, quam etiam per totas Ecclesias Orientales atque Italiae Provincias etc.*; luego mucho tiempo antes de este Concilio, se decían los Kiries. Además, el citado Concilio mandó que estas preces, no sólo se reciten en la misa, sino también en maitines y vísperas, prueba de lo que se estimaban. Otra prueba de que S. Gregorio no los introdujo en la liturgia, es la respues-

(1) Lib. 6, cap. 8.

ta que dió á ciertos murmuradores que se quejaban de que este santo quería introducir — acerca de los Kiries — el rito oriental en la iglesia latina, lo cual, no siendo verdad, dió motivo á que el santo Papa se defendiera. Pues bien; en las palabras que para el efecto expresó hablaba de los Kiries como usados en la Iglesia latina desde tiempo inmemorial.

Por las palabras del mismo S. Gregorio se desprende que en su tiempo, y aun antes de él, la Iglesia latina repetía nueve veces el *Christe eleison*; pero un poco más tarde se intercaló el *Kirie*, que se había de recitar seis veces, juntamente con el *Christe*, el cual se redujo á solas tres. La causa de esta variación y adición fué para manifestar la unión de la Iglesia latina con la griega, ya que ésta recitaba entonces, así como ahora, únicamente *Kirie eleison*. También hubo por estos tiempos otras novedades en algunas iglesias sobre el propio asunto; pues á las palabras *Kirie eleison* y *Christe eleison* se añadieron otras preces que hicieron algo pesada la liturgia.

382. Terminados los Kiries, el celebrante pasaba con los ministros al medio del altar y entonaba el *Gloria in excelsis Deo*, el cual proseguía en voz sumisa, mientras que el coro á su vez lo cantaba. «Gloria á Dios en las alturas, decía, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos y glorificamos. Gracias te tributamos por tu inmensa gloria. Señor, Dios, Rey de los cielos, Dios Padre todopoderoso. ¡Oh Hijo unigénito, Jesucristo, Señor y Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre que quitáis los pecados del mundo, tened misericordia de nosotros! Vos, que borráis los pecados del mundo, admitid nuestros ruegos. Vos, que os sentáis á la diestra de vuestro Padre, tened piedad de nosotros. Porque Vos sois el solo santo; Vos el solo Señor, Vos el solo Altísimo, ¡oh Jesucristo! que vivís en compañía del Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre. Así es.»

La antigüedad de este precioso himno se remonta en parte á la hora misma del nacimiento de Cristo Señor nuestro.

En esto no existe duda alguna; y digo en parte, porque sólo las palabras, «Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad» fueron pronunciadas por los ángeles; las demás lo fueron por los doctores, según afirma el Concilio IV de Toledo. Pero cuáles fueron estos doctores y en qué época comenzó á usarse en la liturgia, es cuestión acerca de la cual discrepan los autores. Probablemente en el siglo IV estaba ya todo ó casi todo compuesto, pues S. Atanasio (1) habla de él, y las Constituciones Apostólicas (2) lo traen igual que lo poseemos hoy, á excepción de algunas palabras. Leemos en el Catálogo de Pontífices (3) que el papa S. Telesforo, que comenzó á gobernar la Iglesia en 139, mandó que se cantase en la noche de la Natividad del Señor. En otros Catálogos se lee, que S. Dámaso ordenó se recitase en la misa, y que más de un siglo después, S. Símaco preceptuó se recitase en los domingos y fiestas de los santos: ahora bien; si el decreto de S. Dámaso, que era general, estaba dado, ó en uso, ¿para qué el de S. Símaco que sólo se circunscribía á las fiestas mencionadas? Sea lo que fuere, lo cierto es, que en tiempo de S. Gregorio Magno, el *Gloria in excelsis* era recitado en la misa de estas fiestas, pero sólo por los obispos, pues los presbíteros podían solamente verificarlo el día solemne de Pascua. Á principios del siglo XI fué común á todos los sacerdotes.

383. Después que el coro había acabado de cantar el Gloria, el sacerdote iba con los ministros al medio del altar y, vuelto hacia el pueblo, decía: «El Señor sea con vosotros,» á lo que respondían los fieles: «Y con tu espíritu.» El origen de esta salutación la encontramos en el libro de Ruth (4), cuando Booz, saludando á sus segadores, les decía: El Señor sea con vosotros; pero viniendo á la ley de gracia, no la hallamos en la liturgia hasta el siglo VI, cuan-

(1) Lib. de Virginit., vers. fin.

(2) Lib. 7.

(3) Ad acta 11. Maii.

(4) Cap. 2, v. 4.

do en 561, el Concilio I de Braga (1) mandó que los obispos y presbíteros usasen de la misma salutación, y que el pueblo respondiese: *Et cum Spiritu tuo*. Tal vez antes del siglo VI se usase ya, pero no la hallamos observada como prescripta por autoridad competente. Las liturgias orientales, y aun la Romana, antes del siglo VI, decían: *Pax tecum*, en lugar del *Dominus vobiscum*, y la contestación era la misma que la que se da á ésta. Más tarde se permitió á los obispos usasen del *Pax vobis* en la misa, á diferencia de los presbíteros que siempre debían decir: *Dominus vobiscum*. He dicho que el pueblo contestaba á la salutación del sacerdote así como lo hacía al final de las oraciones, respondiendo: Amén; pero esta costumbre fué abolida por el Concilio de Laodicea (2), el cual la reservó á los cantores.

384. Habiendo respondido el pueblo: *Et cum spiritu tuo*, el celebrante decía *Oremus*; que en el propio de la misa del Corpus es la siguiente: «¡Oh Dios! que nos dejaste debajo del admirable Sacramento la memoria de tu Pasión; te rogamos que nos concedas venerar los sagrados Misterios de tu Cuerpo y Sangre, á fin de que sintamos perennemente en nosotros el fruto de tu redención. Tú que vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos.» El pueblo respondía: Amén.

La palabra *colecta* en la liturgia, significa lo mismo que oración y bendición, con cuyos nombres, particularmente el primero, se designa. El cardenal Bona abunda en los sentidos que da á la palabra *colecta*, todos ellos verdaderos; pero en cuanto á nuestro peculiar objeto, la expresión *colecta* se toma por la breve oración que el sacerdote, luego de saludar al pueblo, dirige á Dios en obsequio de los mismos fieles; y en este concepto, se dice perfectamente *Colecta*, porque la breve oración de que hablamos se ejecuta sobre la reunión de los fieles; se llama también *Oración*, por la súplica que se hace, y *Bendición* porque al recitarla el sacerdote es-

(1) Can. 3.

(2) Cap. 15.

pera del Señor su bendición en favor del pueblo cristiano. Sentado esto, es nuestro deber averiguar el origen de estas oraciones; para lo cual no hay más que ojear las liturgias antiguas y se observará que se remontan á los mismos principios de la Iglesia. En efecto: la Iglesia universal dirigía á Dios oraciones en particular por los cristianos, herejes, cismáticos, infieles, judíos, etc. según se deduce de la epístola (1) del Papa S. Celestino á los obispos de la Galia; pero cada prelado, conforme á la necesidad ó conveniencia de su diócesis, hacía recitar á sus presbíteros más ó menos oraciones, y aun algunos de éstos procedían á aumentarlas ó disminuirlas según su voluntad, lo cual prohibieron terminantemente los Concilios de Mileve (2) y III de Cartago, (3) celebrados, éste á últimos del siglo IV y aquél á principios del V. «No sea, añaden, se diga algo contra la fe, por la ignorancia ó poco estudio de algunos.»

Á partir de este tiempo, las colectas estuvieron más uniformadas, alcanzando mayor perfección en el tiempo del papa S. Gelasio y todavía más en el de S. Gregorio Magno, quienes las arreglaron con mucha prudencia para cada fiesta. Las variaciones que han tenido luego, han sido de poco momento.

Las oraciones á que me refiero, se terminaban como ahora con las palabras: «Por Cristo Señor nuestro,» según nos lo enseña el Salvador, al mandarnos que pidiésemos al Padre las cosas por su medio; y en efecto: sólo Jesucristo es nuestro Mediador, que nos puede llevar á su Padre, y sin su mediación no hay gracia en la tierra ni gloria en la eternidad; mas las oraciones se dirigían al Padre, según lo ordenara también el citado Concilio de Cartago. El sacerdote, al recitar la colecta abría los brazos, en señal de súplica y esperanza, costumbre que procedía de los primeros cristianos, los cuales oraban puestos en cruz, ó con las manos levantadas al cielo.

- (1) Véase Bona. Rerum liturg., lib. II, cap. V, §. IV.
 (2) Can. 12.
 (3) Can. 23.

385. Estas oraciones eran varias; pero una sola era la de la fiesta que celebraban. El pueblo respondía: Amén, como protesta de que era cierto lo que el sacerdote había solicitado del Altísimo. Así lo dice S. Agustín; (1) y de esta costumbre poseemos testimonios más antiguos, como los del Apóstol, (2) S. Justino, (3) S. Cirilo de Jerusalén, (4) y otros.

386. Antes de poner fin al presente capítulo, bueno será que describamos una costumbre practicada por estos tiempos en Roma; tenía por objeto tributar alabanzas al Sumo Pontífice y rogar por él. Se verificaba en la misa solemne, y de ella da noticias el mismo papa Honorio III (5), Maestro de ceremonias cuando la describía. Inmediatamente después de las colectas, el arcediano, con otros diáconos cardenales y algunos subdiáconos se colocaban al lado del altar y decían en alta voz: «Escucha ¡oh Cristo!» á lo cual, los Bibliotecarios ó Archiveros del papa, revestidos de capa pluvial, respondían: «Vida á nuestro Señor el Papa,» palabras que repetían hasta tres veces. Luego, el arcediano decía por tres veces: «Salvador del mundo;» á cada una de las cuales, contestaban los Bibliotecarios: «Ayúdale á él.» Acto continuo se seguían las letanías, de este modo: «Santa María, decía el arcediano, y los archiveros respondían: «Ayúdale á él;» y así todo lo demás. Concluidas éstas, decía aquél: *Kirie eleison*, á lo que contestaban éstos: *Christe eleison, Kirie eleison*; con lo cual quedaba terminada la ceremonia. Ésta solía ser practicada también en obsequio de los emperadores; pero hoy día está reservada para sólo el acto de la coronación del nuevo Pontífice.

- (1) Serm. ad popul. contr. pelagian.
 (2) I ad Cor., cap. 14.
 (3) Apolog. 2.
 (4) Catheq. mistag., V.
 (5) In suo Ceremoniale, cap. 2.